

Si tu hijo no quiere ir la escuela...

por Susan R. Johnson, MD

Cuando yo no paso mucho tiempo con mi hijo o cuando no puedo prestarle atención plena (en cuerpo, alma y espíritu), se vuelve más demandante y comienza a buscar excusas para no ir a la escuela. Es sorprendente la capacidad que tienen los niños para percibir nuestro estado anímico. Puedes decirles cualquier cosa, inmediatamente perciben la congruencia o la incongruencia entre tus palabras y lo que realmente sientes.

La mañana del jueves pasado, mi hijo me hizo saber que no iría a la escuela. Yo había estado ausente todo el día anterior y también el fin de semana previo, y lo extrañaba mucho. Los dos resentíamos no haber estado juntos y, además, yo me sentía a disgusto y estresada. Entendí que era necesario reducir las horas de trabajo y había planeado pasar toda la tarde con él, pero ¿cómo iba a lograr que fuera a la escuela esa mañana?

Intenté todos los medios amigables que se me ocurrieron: intenté razonar y ser empática; le expliqué que los dos teníamos que ir a hacer nuestro trabajo: el suyo era

ir a la escuela y el mío era ir a la clínica, y que yo, a veces, también deseaba quedarme en la cama; intenté hacer de la situación un juego y lo reté a una carrera hacia el auto; intenté el modo imaginativo diciéndole que nuestra nave espacial (es decir, el auto) estaba a punto de despegar y que era necesario abordarlo rápidamente; incluso, intenté sobornarlo con una salida especial. Nada funcionó. Podía haber intentado otras formas menos amigables, como llevarlo cargando al auto, amenazarlo con quitarle privilegios, ponerme a llorar (haciendo uso de la culpa) o simplemente podía haberle gritado, pero nada de esto me pareció correcto ni adecuado. Entonces, sucedió un milagro. Hice una pausa, respiré profundamente y me abrí a la posibilidad de que las ideas llegaran por sí solas.

En ese momento estaba llegando a la casa un trabajador para arreglar la caldera. Mi hijo lo había conocido brevemente la tarde previa y había quedado fascinado por toda la herramienta y los tubos que llevaba. El hombre había sido amable con mi hijo.

Una de las razones por las cuales mi hijo se negaba a ir a la escuela era que quería ver cómo el hombre arreglaba la caldera.

Mientras mi hijo hacía rabieta en su cama, yo salí a hablar con el trabajador. No era el tipo de hombre que uno escogería como modelo a seguir para un hijo: descuidado, con unos pantalones de mezclilla sucios, el cabello largo y pringoso, cubierto de tatuajes y fumando un cigarro. Le pregunté cómo se llamaba, y me animé a decirle que le pediría un gran favor. Lo había intentado todo, pero no lograba que mi hijo se levantara para ir a la escuela. ¿Podría ayudarme? ¿Podría decirle a mi hijo que para poder hacer el trabajo que hacía, había tenido que ir a la escuela para aprender? El hombre accedió a hacerlo: entró a la casa y fue directo a la habitación de mi hijo, donde él seguía en su cama. Con tono y palabras suaves, le explicó

a mi hijo lo importante que era ir a la escuela y aprender; que fue yendo a la escuela como había podido tener el trabajo que hacía. Fue mágico. Mi hijo brincó de la cama, se enjugó las lágrimas, se puso los zapatos y salió caminando hacia el auto. El reparador me preguntó si mi hijo podía usar una de sus herramientas para ayudarlo a quitar el tablero frontal de la caldera. Por supuesto que sí, le dije, y fueron cinco minutos los que emplearon para, juntos, desarmar la caldera. Inmediatamente después, mi hijo se subió al coche, se despidió del hombre y nos dirigimos a la escuela.

Aprendí mucho esa mañana... sobre las opciones, las necesidades de mi hijo, sobre estar abierta a lo que llega, no juzgar a los demás, la importancia de pedir ayuda y el valor de la comunidad. Es cierto: se necesita una comunidad para criar a un niño.

Traducción de Jackie Robinson
